

Viajes de Pietro della Valle

“el peregrino” (1586 – 1652)

Cartas escritas a su amigo Mario Schipano durante los 12 años
(1614 a 1626) de su viaje por Próximo Oriente e India.

TOMO II – LA PERSIA. Primera parte: Isfahán, Ferhabad y Cazvín.
5ª Carta desde Isfahán, del 22 de abril al 8 de mayo de 1619.

II.24.09 – Isfahán. “El banquete del Rey en Sultanieh”

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez.

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.

Fecha de Publicación: 30-10-2026

Número de páginas: 14

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org

info@cedcs.eu



Descripción

Resumen:

Traducción al español de la correspondencia que el noble romano Pietro della Valle mantuvo con su amigo el doctor Mario Schipano, narrándole el periplo que durante doce años -desde 1614 a 1626- realizó por Oriente: [Constantinopla](#), [Egipto](#), [Tierra Santa](#), [Arabia](#), [Persia](#) e India.

Palabras Clave

PIETRO DELLA VALLE, Viaggi di Pietro della Valle Il pellegrino, Viajes a Oriente, correspondencia de Pietro della Valle, siglo XVII primera mitad, antropología, Turquía, Constantinopla, Egipto, Tierra Santa, Arabia, Babilonia, Persia, India.

Personajes

Pietro della Valle, Ma'ani Gioerida, Mario Schipano.

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente:** libros impresos. Ed. italiana del I tomo: Roma, Apresso Vitale Mascardi, MDCL y para los otros tomos: Roma, Biagio Deversin, MDCLVIII.
- **Procedencia:** volúmenes digitalizados por <http://books.google.com> de la Biblioteca del Observatorio de Marina de San Fernando (OMSF).
- **Sección / Legajo:** Ref. de la Biblioteca del OMSF: vol. 1, tomo I: n.º 04818; vol. 2, tomo II: n.º 04819; vol. 3, tomo II bis.: n.º 04820; vol. 4, tomo III: n.º: 04821
- **Tipo y estado:** Correspondencia recogida en los cuatro tomos que reúnen el “Viaggi di Pietro della Valle, il Pellegrino” durante los años 1614 a 1626.
- **Época y zona geográfica:** Principios del siglo XVII. Mediterráneo, Próximo y Lejano Oriente.
- **Localización y fecha:** Roma, Nápoles, Venecia, Turquía, Egipto, Tierra Santa, Persia, India (Correspondencia escrita por DELLA VALLE y enviada a Mario Schipano durante los años 1614 a 1626).
- **Autor de la Fuente:** Pietro della Valle (Roma, 1586 - Roma, 1652).
- **Edición y traducción al castellano:** Esmeralda de Luis y Martínez para www.archivodelafrontera.com

VIAJES DE PIETRO DELLA VALLE

“El peregrino”

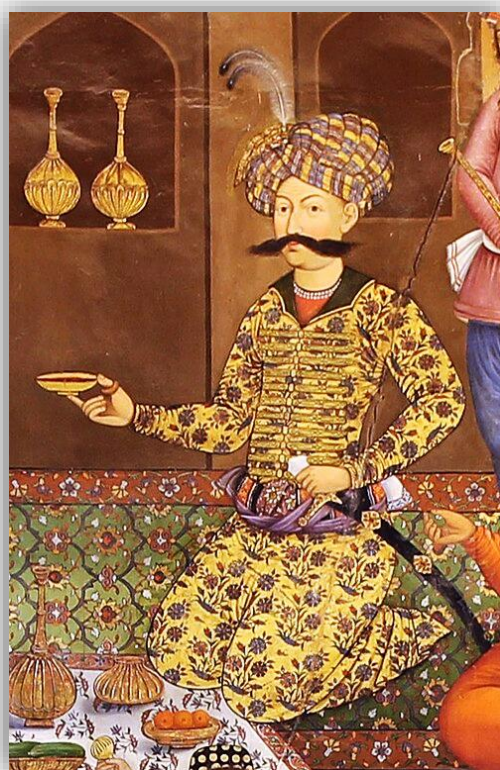
- Tomo II -

CARTA V desde ISFAHÁN PERSIA

Isfahán, del 22 de abril al 8 de mayo de 1619.



II.24.09 – “El banquete del Rey en Sultanieh”



Retrato casi contemporáneo de Shah Abbas I, encargado por su nieto Abbas II (ca. 1647/5), en el Palacio de Chehel Sotoun, Isfahán.

TOMO II – LA PERSIA. Carta V desde Isfahán.

II.24.09 – “El banquete del Rey en Sultanieh”.

“... El Padre Vicario y yo fuimos, como de costumbre, invitados a ese festín, al que nos presentamos juntos, y dado que este banquete fue algo curioso y digno de mención, os voy a informar sobre cómo se desarrolló con todo el detalle que me sea posible.

El Rey había desmontado su campamento de la falda de la colina, en donde os dije que yo le había encontrado al principio; porque prefería retirarse cerca del jardín que rodeaba las últimas casas de la ciudad. Allí fue, en plena campiña, y a cierta distancia de las murallas, en un jardín, en donde hizo que alzaran su pabellón *Scervanli*, es decir de los que los Medos usan normalmente, y que son de forma alargada y redonda en la parte alta; casi como unas galerías hechas de fieltro por fuera, por lo que son excelentes para proteger del frío y de la lluvia, a la par que del calor y de los ardores del sol.

*Descripción de
un pabellón en
donde el Rey dio
un festín a los
Principales de
su Reino.*

El pabellón del Rey presentaba bandas de tres colores: a saber, una de un rojo anaranjado, otra amarilla, y otra verde, y así alternativamente, de lo que habréis deducido que las bandas tenían el mismo largo que el fieltro; su longitud era, en mi opinión, de la tirada de un arco, desde un punto al blanco; no obstante, vos juzgaréis mucho mejor que yo su longitud y anchura, por la descripción que os voy a dar. En el interior del pabellón, cuyo suelo estaba cubierto de finas alfombras, se habían dispuesto dos mesas bajas cubiertas con manteles de un precioso y rico brocado; ambas iguales, y cuya longitud abarcaba de un extremo al otro del pabellón; una de un lado, y la otra de la parte ancha.

No las habían preparado para comer, sino para entretenerse tan solo bebiendo y pasar el tiempo conversando; de modo que únicamente había aperitivos que pudieran excitar la sed, tales como pistachos salados, pepinillos y cosas parecidas, de las que sirven generalmente en ocasiones como esta, y que habían dispuesto sobre todos los manteles en grandes bandejas en fila, muy juntas unas con otras. Las bandejas eran todas de oro y plata; de estas últimas muy pocas.

Aparte de estas bandejas, también habían dispuesto en las mesas, solo del lado de los que estaban sentados, gran cantidad de recipientes con tapa, de los que ya os he mencionado en otras ocasiones, para depositar en ellos las cáscaras y desperdicios. Del otro lado, numerosas garrafas, botellas, y grandes vasos de diversas clases, y todos ellos, tanto los de un lado, como los

Orden del festín.

de otros, los pusieron muy juntos y unidos; entremezclados con las bandejas de este modo: una bandeja y dos vasos, y así sucesivamente. Todos los vasos eran de oro puro, a excepción de unos cuantos, de plata, que alternaban de vez en cuando con los de oro.

Aparte de estas dos mesas, preparadas, como os he dicho, a los lados del pabellón, y que lo ocupaban todo lo ancho; en medio, había otra mesa igual de larga y de ancha; cubierta con el mismo tipo de mantel de brocado, y tan alejada de las otras dos, que dos personas, yendo de frente, podían pasar fácilmente alrededor para ofrecer el servicio necesario.

Esta tercera mesa que estaba en el medio, no estaba destinada para los invitados; se había colocado tan solo como ornamento, para poner allí el vino y los vasos; las luminarias y todo lo que se habría de servir en el festín. De modo que toda ella estaba cubierta, de una parte, a otra, de infinidad de copas grandes y pequeñas, de diversas formas, casi todas de oro; mucho más bonitas que las de las otras dos mesas, y tan juntas unas con otras, que apenas si dejaban ver el mantel.

Habían dispuesto grandes candeleros de distintas formas, con luminarias, grandes jarrones, unos como licoreras, otros en forma de frasca, y otros parecidos a la bacía de un barbero; pero todos estos objetos desprovistos de la gracia de nuestros objetos; algo de lo que no pude evitar quejarme; porque yo no sé si se debe culpar a los maestros artesanos de este país, que puede que no sean demasiado hábiles, y no pueden hacer nada mejor, o bien que se trate de la avaricia de este Príncipe, que no quiere gastar demasiado en esto y prefiere derrocharlo en otras cosas; ya que no solo tiene este tesoro, del que no se separa jamás, para adornar su casa, y para mostrar su magnificencia a los que invita a sus banquetes, sino que también se sirve de él cuando la ocasión lo exige. También había numerosas fuentes de oro puro, todas repletas de tazas de distintas, y en tal cantidad, que había más de una docena en cada fuente, e incluso más de veinte en otras.

*Todas las copas
aquí eran de oro
puro.*

Entre las cosas más reseñables destacaría una suerte de cuenco lleno de nieve. En él habían metido botellas de oro repletas de vino para así servirlo fresco. Este cuenco o cubeta era cuadrada, más larga que ancha, parecida a una caseta o a una cuna, y mucho mejor elaborada que las cosas que os he mencionado anteriormente; se apreciaban en ella cantidad de ornamentos muy elegantes. La cubeta era de oro, y tan grande, creo yo, que incluso a dos hombres les habría costado mucho trabajo cargar con ella y levantarla del suelo. Solo esta pieza, sin las botellas que se refrescaban dentro, no pesaba, en mi opinión y en la del Padre Vicario, menos de veinte mil cequíes o alrededor. Vos mismo podéis juzgar el valor de todo lo que allí había con esta

muestra y con la descripción que os he hecho de este espacioso pabellón, guarnecido con tres mesas, que llegaban de uno a otro lado del mismo, repletas de objetos tan preciosos y de tanto valor.

*Algunas copas
estaban
incrustadas de
diamantes.*

En lo alto de la mesa que estaba en el medio, cubierta de los objetos más valiosos, había, para beber, numerosos vasos y grandes tazas de mil y una formas diferentes, cargados de piedras preciosas; algunos en particular incrustados de gran cantidad de diamantes, de extraordinario valor, cuyo resplandor al reflejo de las luminarias los mostraba en todo su esplendor.

La mitad de uno de los lados de la parte más larga del pabellón, el que daba a la campiña, lo habían dejado abierto, de forma que por en medio de todas esas antorchas ya encendidas, pues el banquete se celebró de noche, todo ello se podía ver con una agradable perspectiva, bajo el reflejo y brillo del oro, y de la gran cantidad de piedras preciosas que allí había.

*Disposición de
algunas tiendas
que hizo
levantar el Rey.*

Del mismo lado del pabellón que mira hacia el campo, se había levantado, al mismo nivel y a cierta distancia del pabellón, de un extremo a otro de su longitud, un gran número de tiendas abiertas que parecían formar una sola galería continua, de las que llaman *Sainan*, o tal y como lo pronuncian los sabios y escriben más correctamente, *Saieban*; es decir, lugares cubiertos para protegerse de los rayos del sol. Unas pértigas muy altas las sostenían por la parte trasera, mientras que, sujetas a estacas clavadas por delante según la práctica habitual, formaban en medio una avenida muy hermosa y bastante ancha que conducía al pabellón. Todas estas tiendas no solo se extienden a lo largo y ancho del pabellón, sino que también lo hacen rodeando la parte de abajo, abrazándolo, por así decir, por ambos lados, y a la misma distancia del centro, por ser todas ellas igual de largas que de altas. Por dentro están adornadas con hermoso follaje, igual que en general tienen los pabellones de tela de los persas. Bajo estas tiendas, todo el suelo está cubierto de alfombras, y sobre ellas se habían extendido dos manteles de seda, aunque sin bordados de oro, y que asimismo fueron colmados de vasos de oro y de plata.

Antes de que se presentara el Rey a esta ceremonia, se hizo sentar y comer a los huéspedes y a todos los que habían sido invitados, en esas dos grandes mesas que llenaron de inmediato con gran cantidad de bandejas de plata y oro, repletas de *Pilao*¹ en forma de pirámide y de distintas clases; a saber: blanco, negro, amarillo, dulce, especiado, con pollo, jabalí y otros de los guisos calientes que comen habitualmente, y que como de costumbre estaban preparadas al gusto del Rey; pero que a mí no me gustan nada, sobre todo las

¹ Arroz hervido al vapor. Típico plato básico en la alimentación de los persas, y hasta hoy en día muy popular.

que adoban con ajos y cebollas, que los persas sirven normalmente con las comidas, incluso al propio Rey.

La comida fue servida por los pajes, muy numerosos fuera incluso de las tiendas, y que se habían organizado en fila, y que sin moverse ninguno de su lugar, como os he descrito en otras ocasiones, se pasan unos a otros las bandejas hasta hacerlas llegar a los pajes próximos a las mesas en donde estos últimos las depositan, y que van y vienen entre estas dos mesas, atendiendo a todos cuantos solicitan sus servicios.

*Algunos de los
Grandes del
Reino hicieron
de Mayordomos
de Ceremonia.*

Para que nada faltase ante toda esta magnificencia; algunos de los oficiales de mayor rango del Reino, ejercían de maestros de ceremonia y se encargaban de dar las órdenes a los pajes. Tal era el caso de *Aga Haggi*, al que apodan *Mether-Haggi*, porque, según afirmaban las malas lenguas, antes ya había ejercido de *Mether* y había sido criado en la Corte con modos impúdicos y contra natura; aunque yo creo que más bien recibía este apelativo por su buen hacer en el desempeño de su trabajo junto al Rey; un trabajo similar al que realiza entre nosotros un Maestro de Cámara, o Camarero Mayor, cargo muy considerado, pues quien lo ejerce siempre está al lado y a disposición del Rey. Así pues, este *Mether-Haggi* estaba al cargo de todo el servicio de las mesas, acompañado por *Esfendiar Beig*, el *Agamir* secretario de Estado y unos cuantos oficiales más.

El Padre Giovanni y yo llegamos allí tan tarde que ya habían encendido las antorchas no solo en el pabellón y en las tiendas, sino que también en todos los alrededores habían dispuesto infinidad de fanales en dos filas; una, entre el pabellón y las tiendas, en medio de la avenida que las separaba, y la otra, a cierta distancia de las tiendas, alumbrando hacia el campo. Todas ellas daban tanta luz que parecía que el sol se había eclipsado y se había quedado aquí para iluminar especialmente ese pequeño espacio.

Cuando nosotros entramos, ya había más de doscientos invitados, que se habían colocado bajo las tiendas, y estaban comenzando a colocarse en las mesas, de suerte que al ser introducidos por el *Mehimandar*, que estaba de pie, al igual que los otros miembros de la Corte para servir bajo las tiendas, nosotros nos pusimos entre los otros huéspedes, en donde encontramos un sitio, tal y como se acostumbra a hacer en estas tierras, y sin ceremonia alguna; pero el Padre Giovanni y yo disfrutamos estando juntos, aunque no comimos nada de lo que se había servido.

Mientras tanto, las mesas que había preparadas bajo el pabellón seguían vacías; allí no entraba ni salía nadie. Tampoco el Rey salió ni se dejó ver más que de vez en cuando, y de lejos, cuando venía a comer con sus invitados, pero

sin darse a conocer, y aunque nosotros le veíamos bien, hacíamos como que no nos dábamos cuenta de su presencia, y nadie se levantaba de su sitio, ni le hacía reverencia alguna, siguiendo las costumbres de esta Corte.

Mas para que la descripción que os he hecho sea de utilidad, os esbozaré en otro momento el plano de estos pabellones; lo que os dará una mejor idea de lo que os he contado y lo que os voy a comentar a continuación.

Inmediatamente después de comer, y de que toda la gente se hubiera lavado las manos, retiraron los manteles, es decir, lo que estaban bajo las tiendas; el Rey entró en el pabellón, que había permanecido vacío hasta entonces, e hizo llamar, no solo a todos los que habían sido invitados a este festín, pues el lugar era bastante espacioso, sino también cuantos prohombres del país y nobleza pudieran pasar; los demás, se quedaron sentados afuera, en las tiendas, no en dos filas, como en el primer momento, sino en una sola fila, unos tras otros, al fondo de las tiendas, para no dar la espalda al pabellón, abierto de ese lado.

*El Señor della
Valle es
introducido en
el pabellón con
honores.*

*Lugar que
ocupó en el
banquete del
Rey.*

Los oficiales del Rey introdujeron en el pabellón a quienes quisieron, unos tras otros, y los acomodaban allí, conforme al orden prescrito por el Rey¹, que iba en persona de uno a otro lado para dejar todo a su gusto. Cuando nos llamaron al Padre Giovanni y a mí, y nos hicieron pasar al pabellón, el Rey, que estaba a la entrada, cuando pasamos ante él, ordenó que nos pusieran en la parte más elevada; de manera que nos sentaron en la mesa que estaba a la derecha, y en un rango tan alto, que de ese lado yo conté que solo habían colocado a siete Chans por delante nuestro, tras los cuales, el Padre Giovanni ocupaba la octava plaza, y yo, la novena, y detrás de mí, todos los otros de nuestro lado, hasta unos cuarentaicinco o así, porque en ambos costados de una y otra mesa, en las que solo se sentaban de un lado, bien habría unos noventa que fueron ubicados en el pabellón. También nos fijamos en algo muy curioso, y es que sentaron a la derecha, en el lado de honor de los persas, y adonde estábamos nosotros, a todos los Señores Persas que viven bajo la Ley de Mahoma, que a su parecer es la única verdadera y buena secta, y allí no dejaron que se colocara a ningún extranjero, salvo a nosotros dos, los únicos cristianos, y, en la mesa que estaba a la izquierda, pusieron a todos los demás extranjeros e invitados del Rey; tártaros, árabes, Lezgui, y otras naciones de la religión de Mahoma; pero que los turcos, que habitan en Persia los consideran infieles y herejes; y de este modo, el Rey daba a cada uno el rango que podía desear; porque hizo sentarse justo en la mesa que estaba a la izquierda conforme se entraba, a los tártaros y a esos otros Sonniti de la secta

¹ Sobre las implicaciones políticas que conllevaba ese festín del Rey con sus aliados, ver: https://es.wikipedia.org/wiki/Imperio_saf%C3%A1vida y https://es.wikipedia.org/wiki/Ab%C3%A1s_el_Grande

contraria a la suya, para los que ese lado es el más honorable, y a los persas, que estiman más honrosa la derecha, a la derecha los colocó; al igual que hizo con nosotros dos, dándonos la preferencia al uso de nuestro país, como a los demás conforme a la costumbre de los suyos, de suerte que todos pudiéramos quedar bastante satisfechos. Os dibujaré un esquema de cómo estábamos colocados en esta segunda ocasión, para que lo comprendáis mejor.

Las mesas, bajo el pabellón, estaban cubiertas como os he dicho al principio, y bajo las tiendas no dejaron más mesas, pero los invitados que se quedaron allí, solos, estaban sentados de tal manera que todos pudieran ver el pabellón. *Imam-culi Chan* de Sciraz se sentó solo al principio de la mesa, que quedaba a mano derecha, y no al lado, como todos los otros hicieron después en el mismo lado; seis Chans, a los que yo no conocía, excepto a un tal *Hasan Chan de Hamadán*. El Padre Giovanni y yo nos sentamos detrás de ellos, mientras que los demás invitados, que eran Chans, o Sultanes y otros grandes señores de Persia y jefes de alto rango del ejército, se sentaron detrás de nosotros. *Sciahinghite Chan* un tártaro, hermano del *Chan* tártaro que reina ahora en *Cafa*, en el Mar Negro y es tributario del Turco, se colocó solo al otro extremo de la mesa que estaba a la izquierda.

Rango que
ostentaban los
Señores que
fueron
introducidos en
el pabellón.

Hace tiempo que este *Sciahinghite Chan* se escapó de una prisión de Constantinopla, en donde estaba preso como rehén, y que por haber caído en desgracia con su hermano, vino a ofrecer sus servicios de inteligencia al Rey persa, bajo cuya protección se encontraba ahora, tanto en la Corte, como fuera de ella, o en cualquier otro lugar por muy alejado que estuviera. Por encima de él, y el primero entre los que seguían de ese lado, estaba sentado ese Señor tártaro *Lezgui*, el que hizo entrega de sus presentes al Rey en la plaza de Qazvín, y que ya os he referido antes. Este *Lezghi* había sido conducido a la Corte Persa por ese mismo *Chan* tártaro. Los que le seguían eran, en parte, criados del *Chan* tártaro de *Cafa*, y otros del *Lezghi*, de algunos invitados árabes, y de otras naciones; todos *Sonni* de la secta contraria a la de los turcos.

Muchos de los oficiales de alto rango del Rey estaban de pie a la puerta de entrada del pabellón, en donde se habían colocado en fila frente al pabellón, cuya vista ocultaban. En esta avenida, entre el pabellón y las tiendas, bastante cerca del lugar en donde estaba sentada la gente más importante, habían colocado sobre unas alfombras, y casi en círculo, a numerosas mujeres que cantaban acompañadas de sus instrumentos y con la cadencia de sus címbalos, que tocaban al mismo tiempo. Finalmente, más allá de todas las tiendas, entre ellas, esa última línea de fanales que habían dispuesto mirando hacia la campiña, y en donde se habían colocado en fila un gran número de pajes del Rey, ataviados con ricas vestiduras cortas, al uso del país.

En cuanto nos hubimos sentado de ese modo, el Rey, que permanecía de pie, y que iba de un lado a otro, tan pronto arreglando las luminarias, como los jarrones de nieve, o colocando los vasos y las tazas en su sitio; no solo ordenando a los pajes y a los demás, sino él mismo sirviendo también, como así hizo, acercándose hasta donde estábamos sentados el Padre Giovanni y yo, en donde se hallaba esa gran cubeta de oro, y tomando una de esas tazas que estaban alrededor, la llenó él mismo, y bebió primero de ella, haciendo un brindis casi a la alemana a toda la compañía; un brindis durante el que el Rey, mientras rellenaba la taza, y bebía, no estaba, como dice un poeta burlesco¹: “*Ni de pie, ni sentado, ni acostado*”, sino en una postura extravagante, en la que casi no se podía sostener por la cantidad de vajilla que había sobre la mesa; quiero decir que estaba totalmente agachado, sosteniéndose en el aire sobre las piernas, tal y como hacen exactamente aquellos que se desabrochan la bragueta en medio del campo sin apoyarse en ningún sitio. Os ruego que me excuséis por esta falta de delicadeza, pero es que me resulta imposible daros una justa comparación de su pose; una postura que en nuestro país se habría considerado un tanto extraña; ver a un Rey de tal guisa, en medio de un festín público y entre tanta gente honorable.

*Extravagancias
del Rey persa.*

Después de que el Rey hubo bebido, se levantó, y se subió en lo alto de las mesas, en otra pose que difícilmente os podría explicar; os puedo decir que se puso sentado a medias entre *Imam culi Chan* y el *Chan tártaro*; con estos y los que estaban más cerca, permaneció conversando cierto tiempo. Luego, abandonando ese sitio, se fue a sentar a la mesa sobre sus pies, hacia la entrada del pabellón, en donde, entre medias del *Esfendiar Beig* y de *Yusuf Aga*, jefe de los Eunucos, estuvo bromeando y bebiendo. Pero levantándose también de allí, según su costumbre, de estar siempre en perpetuo movimiento, y o permanecer demasiado tiempo en el mismo sitio, mientras duró el festín, fue constantemente de uno a otro lado de la sala, hablando con unos y con otros, dando a beber, y comportándose no solo como un Rey, cortés y educado, sino como un ministro cuidadoso y muy experimentado.

Después de beber la primera vez, los pajes comenzaron a servir por orden, presentando las copas de vino a todos los demás, conforme al rango que teníamos; y como las mesas eran bastante largas, los propios pajes no iban de un lado a otro, sino que permanecieron apostados en distintos sitios, de suerte que cierto número de ellos velaba sin cesar por servir a los invitados que les habían asignado.

Pero como es costumbre entre los tártaros el beber algunas veces en cuernos de animales; tan solo una vez presentaron la bebida al Chan tártaro

¹ Auguil c3.

*Ciropedia.
Libro 8.*

en un cuerno; todo cubierto y ornado con diamantes, colocado ante él, y entre las otras tazas, cubiertas de piedras preciosas. Esa costumbre de beber en cuernos, así como la de enriquecerlos con oro y gemas de valor, es tan antiguo que Jenofonte escribió que los *Paphlagonianos*, y los de la *Tracia*, en su tiempo, se servían de ellos. *Theopompus*, al que citó *Vincent Chartari* en sus imágenes de Dios, también asegura que los *Epirotas* y otros pueblos practicaban esa misma costumbre.

*Advertencia
dada muy a
propósito.*

La primera vez que nos dieron de beber al Padre Giovanni y a mí, lo hicieron en una taza no muy grande, que a simple vista no parecía muy pesada; pero la realidad es que la habían hecho con tal cantidad de oro macizo, y tan grueso fondo, que aunque daba la impresión de que se pudiera sostener con una sola mano, en verdad que hubiera sido muy difícil hacerlo; porque había sido confeccionada de esa forma para gastar una broma y que cuando el que fuera a beber la cogiera sin prestar atención, se le cayera de la mano debido a su considerable peso. El Padre Giovanni, que ya había bebido, y que reconoció el tipo de taza, porque ya la había visto en otras ocasiones, me advirtió quedamente en nuestra Lengua de esa pequeña broma; de forma que cuando yo cogí la taza, después de él, con un poco de fuerza, aunque yo guardé las apariencias, la sostuve con una sola mano, conforme al uso, y la vacié felizmente; entonces me di cuenta de que si no me hubieran dado ese aviso a tiempo y hubiera agarrado la taza como lo hago normalmente, y con menos fuerza, no cabe duda de que se me habría caído de la mano, o al menos habría derramado el vino que había en ella.

Justo mientras nosotros dos estábamos bebiendo, el *Chan* tártaro preguntó al Rey, que entonces estaba delante nuestro, que de dónde era el Padre Giovanni, que, si era ruso o moscovita, porque en efecto su fisonomía así lo hacía parecer, debido a su piel blanca y bermeja, aunque él era español, y su barba era más bien tirando a rubia, y que la mantiene bastante larga; pues ese tártaro ya sabía que el Padre era cristiano y un religioso. El Rey le respondió simplemente, y en los mismos términos, que no era ruso; sino un fraile al que el Papa de Roma tenía en infinita estima.

Tras esta conversación, que duró casi una hora, *Hasan Chan*, fue el primero al que el vino se le había subido a la cabeza, con lo que comenzó a retirarse y abandonar la mesa por miedo a cometer alguna grosería en medio del banquete; porque había bebido tanto que apenas se podía mantener derecho, y los otros *Chans* que estaban más cerca de él tuvieron que ayudarlo a salir afuera. Jenofonte también señala que uno de los vicios de los persas de su tiempo era el de beber de tal modo en los banquetes a los que les invitaban, que al final se veían obligados a sacarles afuera para hacer que vomitaran todo el vino.

Poco después *Hasan Chan*, el *Chan* tártaro abandonó el banquete de la misma forma, y el Rey en persona tuvo que sujetarle de un lado e *Imam-culi Chan* del otro para sacarle fuera del pabellón. Aún fueron muchos otros los que se marcharon de la misma guisa y al mismo tiempo; por lo que el Padre Vicario se percató de que era el momento de levantarse de la mesa; nos fuimos como los demás, sin despedidas ni saludar a nadie; aunque al salir, el Padre Giovanni le dijo al Rey, que estaba delante de nosotros, que su Majestad había tenido esa noche muchos invitados en el banquete, y tras ese comentario y una breve sonrisa que le dedicó, nos separamos de tan buena compañía.

Al salir del pabellón, y de las tiendas, en donde terminaba la avenida cubierta de alfombras, el Mehimandar, que nos vio venir de lejos, y que estaba allí de pie con muchos otros para atender a su trabajo, vino de inmediato a nuestro encuentro y nos trajo los zapatos que le habíamos confiado al entrar, ya que no se les permite a los oficiales de menor rango aproximarse demasiado a este lugar.

Os aseguro, mi querido Mario¹, que salí de ese banquete en tan buen estado, que cuando quise meter el pie en mi zapato, apenas pude encontrar la entrada, y calzarme; de tal modo que, contra mis costumbres, me vi obligado a agacharme para con las manos ayudarme a meterme los zapatos. Pero lo que me resultó mas penoso fue que apenas podía sostenerme, de suerte que me vi obligado, por miedo a caerme, a quedarme durante un tiempo apoyado en las cuerdas de las tiendas. Finalmente, todos los vapores del vino se disiparon y me encontré con la misma facilidad para caminar y montar a caballo que antes; de tal modo, querido Señor, que, sin ser acompañado por nadie, ni siquiera darme cuenta de que el Padre vino conmigo, andando detrás de mí, para conducirme a mi pabellón; adonde llegué del mejor humor del mundo, hablando un poco más que de ordinario, aunque siempre muy a propósito. Esta fue la primera vez que experimenté, no solo sin ninguna satisfacción por mi parte, sino con sumo disgusto, el divino furor de Baco, al que condené después de haberlo conocido; pero del que es imposible defenderse cuando se está en compañía del Rey Abbás...”



¹ Se refiere aquí a su buen amigo el Doctor Mario Schipano, al que Pietro della Valle dirige toda su correspondencia.

Próxima entrega

CARTA V DESDE ISFAHÁN

II.24.10

“El ejército del rey Abbás”

